



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Argentina: la cultura en un régimen de autoritarismo

Autor: Rodríguez Ozán, María Elena

Forma sugerida de citar: Rodríguez, M. E. (1987). Argentina: la cultura en un régimen de autoritarismo. *Cuadernos Americanos*, 2(2), 176-181.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año I, Núm. 2, (marzo-abril de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

ARGENTINA: LA CULTURA EN UN REGIMEN DE AUTORITARISMO

Por *María Elena* RODRÍGUEZ OZÁN
CCYDEL, UNAM

EN 1967 la Casa de las Américas en La Habana dedicó un número de su revista a la situación del intelectual latinoamericano. Respondiendo a una invitación del director, Roberto Fernández Retamar, Julio Cortázar envió una interesante carta que contiene agudas observaciones sobre el enfoque que desde la Argentina se daba a la cultura. Se pregunta Cortázar si no es "paradójico que un argentino casi enteramente volcado hacia Europa en su juventud, al punto de quemar las naves y venirse a Francia, sin una idea precisa de su destino, haya descubierto aquí, después de una década, su verdadera condición de latinoamericano". Más adelante sostiene que quizás "era necesario situarse en la perspectiva más universal del viejo mundo, desde donde todo parece abarcarse con una especie de ubicuidad mental, para ir descubriendo poco a poco las verdaderas raíces de lo latinoamericano, sin perder por eso la visión global de la historia y del hombre".¹ La reflexión de Cortázar lo muestra todavía en esos años como un miembro de esa élite intelectual que soñaba más con Europa que con el mundo al que pertenecía. Muy distintos serían los últimos años del escritor que defendió con tanta pasión a la Revolución Cubana y especialmente a la nicaragüense.

Muchos intelectuales extranjeros que visitaron la Argentina hicieron juicios en este sentido. Uno de los casos que podríamos citar es el del destacado escritor polaco Gombrowicz quien había viajado a Buenos Aires por un mes, pero el estallido de la Segunda Guerra lo obligó a permanecer en el país donde pasó 23 años. En su *Diario Argentino* recuerda una cena con el grupo de *Sur* y dice: "Lo que de Argentina me fascinaba era... la vitalidad, la luz de

¹ Julio Cortázar, Carta a Roberto Fernández Retamar con motivo del simposio realizado en La Habana sobre la *Situación del intelectual latinoamericano*. Varias ediciones.

un mundo nuevo... Yo estaba deslumbrado por la noche de Retiro; ellos, en cambio, por París".²

El europeísmo de la élite intelectual, especialmente porteña, llegó en muchos casos a hacerla perder la noción de la realidad nacional. Claro que este pecado no ha sido solamente argentino; otros países del continente también lo han compartido. Es diferente el fenómeno cuando pensamos en Brasil. En un trabajo en que Darcy Ribeiro hace un análisis de su propia trayectoria como intelectual, sostiene que la amplitud y complejidad del Brasil lo llevó durante buena parte de su vida a reflexionar casi exclusivamente sobre lo nacional y fue el exilio el que lo volvió latinoamericano.

Comparto estos puntos de vista. Creo que la distancia permite adquirir una visión diferente del país natal, lo que no quita que sea, al mismo tiempo, un factor negativo. La vida cotidiana en un país permite un tipo de análisis que es casi imposible lograr desde lejos.

Personalmente, mi primer contacto con América Latina se lo debo a la convivencia con los latinoamericanos en la Universidad Complutense, cuando era estudiante de posgrado, y no a mi formación de universitaria argentina, como hubiera sido más lógico. Este hecho es sintomático de la cerrazón argentina respecto de América Latina. Ahora, después de veinticinco años fuera del país y trabajando como profesora de la Universidad de México, trato de seguir con todo interés el acontecer argentino. Sin embargo, los frecuentes viajes que realizo al país no me permiten eliminar las limitaciones que he apuntado. Es a partir de mi particular situación que quiero hacer algunas reflexiones sobre el pensamiento y la política argentinos, especialmente desde la perspectiva de la cultura.

La dictadura militar que se instala en el poder en 1976 cambia el rumbo de la política exterior argentina. El alejamiento de la admirada Europa fue paulatino. En 1973 el gobierno peronista hizo una aproximación al Tercer Mundo que se abandonó cuando la derecha militar asumió el gobierno y resolvió desde el principio alinearse con Estados Unidos. Esto aparecía como la culminación del acercamiento cada vez mayor que en el último cuarto del siglo se había establecido con el Pentágono. De hecho las relaciones fueron muy buenas durante un tiempo. En el pasado quedaban algunas frustraciones de las Fuerzas Armadas, tales como la de 1965, cuando el Presidente Illía no firmó su autorización para que

² Witold Gombrowicz, citado por Rita Gombrowicz en su obra *Gombrowicz en Argentine*, París, Denoël, 1984.

ellas participaran en la invasión de Santo Domingo. Por el contrario, ahora la presencia militar argentina fuera del país era una realidad. Militares especialistas en torturas empezaban a participar en el conflicto centroamericano, aunque, claro está, haciendo el "trabajo sucio" que Estados Unidos evita asumir. Esta luna de miel con Estados Unidos se termina bruscamente con la guerra de las Malvinas. En esta oportunidad quedó muy clara la casi nula experiencia que había en la Argentina para negociar con los Estados Unidos, y en esto se marcó una gran diferencia con otros países del área.

A partir de la independencia muchas regiones de América Latina, como México, por ejemplo, han vivido en una confrontación permanente con las ambiciones nunca satisfechas de la política estadounidense. Esta dura realidad histórica ha tenido la ventaja de desarrollar una política de resistencia que hizo decir al historiador norteamericano Tannenbaum que "México es el yunque en que se forja la política exterior de Estados Unidos".

Para el caso argentino hubo que esperar, en cambio, muchos años más para que se diera una apertura al mundo exterior. El fracaso en la guerra de las Malvinas y la posterior instalación de un gobierno constitucional han modificado algo el enfoque argentino del mundo. Es bien conocida la activa participación que el presidente Alfonsín tiene en los foros externos; baste sólo con señalar su presencia en el llamado "Grupo de los seis". A pesar de estos esfuerzos, las relaciones del país con África, Asia e inclusive con América Latina siguen teniendo muy poca significación.

Ahora bien, en este contexto político ¿qué pasa con la sociedad argentina? Lo primero que se percibe es la gran diferencia entre la apertura política que plantea Alfonsín y la apertura cultural real y la búsqueda de modelos alternativos. Además, no obstante la experiencia de los últimos años, la mayoría de la población que abandonó a su pesar una concepción europeísta sigue aferrada a un proyecto de sociedad como el estadounidense. Por otra parte cuesta a los sectores medios reconocer su afinidad con el Tercer Mundo.

Los continuos regímenes militares, dictatoriales o no, que ha sufrido la sociedad argentina en el último medio siglo han ido conformando un autoritarismo que se manifiesta en todos los niveles. Podríamos decir que se han militarizado las mentes de los civiles sin ninguna posibilidad del fenómeno contrario. Los regímenes autoritarios son pródigos en censura, en fomentar el miedo y esto trae consigo, inevitablemente, la autocensura. En este contexto la

sociedad argentina fue desarticulándose e inició un período en el que el patrimonio cultural, acumulado con gran esfuerzo a través de los años, no sólo no se amplió, sino que comenzó a consumirse.

El autoritarismo, además, estimula la indiferencia y la falta de participación de la sociedad. En el afán de no crearse problemas los individuos van abandonando sus derechos y las consecuencias en la cultura han sido nefastas.

El proceso cultural argentino no debe compararse con el de otros países de América Latina con un desarrollo histórico distinto. La comparación hay que establecerla con él mismo. Así nos preguntamos: ¿cómo era hace cincuenta años? Es indudable que no sólo hemos adelantado poco sino que vivimos actualmente un fenómeno que Gregorio Weinberg ha llamado con acierto de "descapitalización cultural".³

En consecuencia, el autoritarismo de este medio siglo ha producido efectos deplorables en la cultura. Cada vez el aislamiento ha sido mayor pues se impidió el acceso de muchas de las corrientes contemporáneas que van renovando y revitalizando el proceso cultural. Por estos motivos un país que tuvo en el pasado una gran vocación de apertura, lógica por su composición de inmigración masiva, se ha cerrado lentamente. En los últimos años me ha llamado la atención en la prensa, en la televisión, incluso en las conversaciones con universitarios, cómo las explicaciones a los acontecimientos nacionales se reducen casi siempre a factores locales. Es como si el país entero se hubiera "provincializado".

A principios de agosto pasado, el presidente Alfonsín concedió una entrevista al director del principal diario de México, *Excélsior*. Muy anunciada, había cierta cierta expectativa por su contenido, especialmente porque fue precedida por otra realizada al presidente del Perú. La entrevista de Alan García había sido un análisis profundo, valiente y muy sincero de la realidad de su país, de la región y del mundo actual. La del presidente argentino tenía un tono completamente distinto. Ambigua, sin enfrentar directamente ningún problema y tratando de ser conciliadora de una realidad nacional y regional que nada tiene de armónico. Sin ningún aporte novedoso, la recepción fue también fría. Al día siguiente, en cambio, sí lograron llamar la atención las noticias que reproducía el periódico del "impacto en la Argentina". Los diversos medios de comunicación la comentaban, y cabe preguntarse por qué. Nada había de original en esta entrevista como no fuera el notar

³ Gregorio Weinberg, *El descontento y la promesa*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

que finalmente se están descubriendo los temas que angustian y agobian a toda la América Latina. Quizás esta entrevista que he comentado sirva para mostrar ese provincialismo al que me referí y al que ha conducido el autoritarismo y el aislamiento de tantos años.

El actual gobierno es consciente de estos males que afectan a la sociedad nacional. En el *Programa Nacional de Democratización de la Cultura*, presentado por la Secretaría de Cultura para los próximos diez años, encontramos planteada la preocupación por el cambio. En los fundamentos dice: "En la sociedad argentina alienta la transición hacia la democracia. Esta singular etapa se caracteriza por la confrontación entre las recientes instituciones y conductas pluralistas y los bolsones de un autoritarismo pertinaz que facilita la interrupción de la estabilidad jurídica y la violación de los derechos humanos". Más adelante sostiene que "es precisamente allí, en el terreno de la cultura, donde en definitiva habrá de ubicarse la confrontación entre democracia y autoritarismo, de cuya resolución positiva depende la actual etapa de transición".⁴

Salir del bache va a ser muy difícil, pero al menos se están buscando medios para lograrlo. La cultura no está marginada del plan de gobierno, como en épocas anteriores. Si la cultura es una necesidad básica en cualquier sociedad, lo es mucho más en países dependientes donde se convierte en un factor de concientización impostergable.

Otro elemento fundamental en una política de democratización lo constituye la educación. Aquí la tarea también es difícil y compleja. En las universidades, para dar sólo un ejemplo, ha sido necesario rehacerlo todo. La legislación estaba totalmente destruida, con carreras suspendidas y otras en un estado de raquitismo indignante cuando se recuerda el nivel académico que tuvieron en otra época. En el área de ciencias sociales, casi todo pasó a ser considerado por definición subversivo, y así se fue achicando la temática contemporánea al extremo de que los programas de historia, sociología y ciencias políticas a duras penas llegaban al final del siglo pasado. De este siglo nuestro que ya se acerca al final no se enseñaba nada. Alguna vez leí, como justificación, que era poco serio enseñar en las universidades una temática tan reciente.

Otro aspecto descuidado y que merece destacarse es el de la industria editorial. Durante años la Argentina fue un importante

⁴ Ministerio de Educación y Justicia. Secretaría de Cultura, *Programa Nacional de Democratización de la Cultura*. Buenos Aires, 1986.

exportador de libros. En casi toda la América Latina los libros editados en la Argentina educaron a varias generaciones. Aquí también el daño ha sido grande. Se han reducido los títulos, los tirajes y los catálogos de las editoriales más importantes cada vez son más pobres en obras de investigación y especialización. Proliferan en cambio libros de divulgación, que producen ganancias económicas inmediatas.

La política cultural del gobierno actual sostiene que no aspira a imponer ninguna ideología, que quiere ser pluralista, que no pretende dar recetas ni soluciones. En resumen, se trata de un intento por devolver la credibilidad a la sociedad y ampliar el debate.

A pesar de las dificultades soy optimista hacia el futuro. No creo que existan pueblos con vocación suicida y pienso que de tantas desilusiones y fracasos de muchas generaciones de argentinos saldrá el germen que permita desarrollar el país que soñaron nuestros ancestros.